

LIBROS

Julien Green, escritor mágico

Julien Green escribió la «Suite Inglesa» (1) hacia 1927, poco antes de que la publicación de «Adrienne Mesurat» le diese a conocer como brillante novelista a los lectores de lengua francesa. Por aquella época, Julien Green, que había nacido con el siglo, llevaba casi tres años apartado de unas creencias religiosas que influirían palpable e incandescentemente en su condición de «homme de lettres». A estas alturas resulta gratuito señalar la casi absoluta imposibilidad de disociar al Green-católico del Green-escritor. En muy pocos casos de la literatura contemporánea —acaso en Mauriac, en Graham Greene o en Claudel— se nos presenta una tan íntima conexión entre las creencias religiosas del escritor y sus productos de ficción. Y, sin embargo, la obra de Julien Green jamás se resiente del abuso de una temática dominada por dogmatismos confesionales o elucubraciones metafísicas cuyo ámbito de sugestión esté vedado (por un explicable mecanismo de repulsa conceptual) a los practicantes de cualquier forma de cientifismo vital. Quiero decir con esto que la belleza y el atractivo latentes en las obras de Green son perfectamente identificables como valores literarios ponderables en sí mismos, al margen de su posible contenido doctrinal. Habrá quien opine, como el presbítero belga Charles Moeller —en su muy discutible, unilateral y supervalorada «Literatura del siglo XX y cristianismo», que Julien Green «da testimonio más bien de la virtud teologal de la fe» y que «esta fe desemboca en la caridad de Dios, la caridad de Dios para con nosotros, porque esta caridad nos ha creado y salvado» (Op. cit. Vol. I, página 452). Otros habrá, por el contrario, que incluso lleguen a ver en Green a un visionario delirante, heredero directo de Swedenborg y Blake, patético, imaginativo y demoníaco como sus predecesores. Tanto da arrimar la sardina al ascua celestial como a los tizones infernales. En todo caso, a nadie hasta ahora —que yo se-

pa— se le ha ocurrido la idea de incluir a Julien Green en el glorioso censo de los escritores racionalistas. Lukács, que era un experto en este tipo de taxonomías estéticas, lo hubiera situado sin vacilaciones «del lado imperialista de la barricada». Y, en efecto, en la obra de Green prevalece con carácter sistemático un cierto elemento irracionalista —religioso o mágico, me da igual— que posibilita que los personajes de sus novelas se desenvuelvan en un circuito de motivaciones y reacciones marcadas por el signo de lo intangible. Las ideas y las pa-

beligerancia a la intervención de los hados.

¿Fueron, quizá, los hados quienes determinaron las vidas y milagros de los personajes de carne y hueso que pasean por las páginas de la «Suite Inglesa»? El caso es que Samuel Johnson y su fiel biógrafo, Boswell, parecen declinar inconscientemente algún verbo mesurado y grotesco inventado por el propio Green. Charles Lamb cumple apaciblemente su sino de poeta solitario. Las hermanas Brontë mueren lenta e inexorablemente entre timideces y frustraciones. Hawthorne —in-

medida de Green, o viceversa? Lo único cierto es que la simbiosis entre el biógrafo y los biografiados alcanza extremos de insólita perfección. El lector llega a olvidar al hombre real para concentrarse en el personaje literario. A veces, uno no sabe si Boswell o Hawthorne son precursores de Green o productos de la imaginación de Green. Supongo que si estas semblanzas fuesen apócrifas nada saldrían perdiendo. Las vidas mágicas no necesitan avales de índole registral; se justifican a sí mismas en las palabras de un escritor mágico. ■ SANTIAGO RODRÍGUEZ SANTERBAS.

(1) Julien Green, «Suite Inglesa». Versión de Jesús Aguirre. Editorial Taurus. Madrid, 1971.



Julien Green.

siones de estos personajes son, por decirlo de algún modo, ideas y pasiones extraordinarias. Los protagonistas de las obras de Green no son héroes ni superhombres. Sin embargo, más allá de su cerebro y de sus glándulas opera alguna fuerza incalificable, feérica, preternatural, y es esa fuerza —¿Dios, el Destino, la Magia?...— la que les hace ser como son, y no de otra manera. Pues esa fuerza posee muy a menudo los matices inequívocos de la fatalidad. Y Julien Green, como escritor mágico que es, concede gran

cluido por sugerencia de su autor en esta versión castellana de la «Suite» — se transforma paulatinamente en su «propia mazmorra». Tan sólo William Blake parece escaparse, a mi entender, de las manos de Green: demasiado feroz e incommensurable, Blake desborda a Green en capacidad mágica, y éste se limita a tratar con más respeto que confianza —desde una excesiva distancia— la figura del genial visionario de ángeles femeninos y pulgas vertebradas.

Los personajes de la «Suite Inglesa», ¿están hechos a la

Problemas de historia social vasca

Se ha celebrado en San Sebastián, en los días 29 y 30 de diciembre, bajo la dirección de Julio Caro Baroja, un simposio sobre los problemas de la historia social de Guipúzcoa entre los siglos XIII y XIX. Dadas las limitaciones formales (sólo dos sesiones, en que la primera correspondía enteramente a una introducción general de Caro, y la segunda a una mesa redonda en que sus componentes respondían a preguntas previamente formuladas por el público asistente), no cabía que de la reunión saliera ningún avance real en cuanto a nivel de conocimiento histórico. El hecho, por tanto, apenas sería digno de mención de existir otros cauces que los verdaderamente excepcionales para estimar el momento de cambio y de dificultad en que vive hoy la historiografía regional vasca.

En un marco político general la falta de un centro universitario y la penuria de medios de comunicación especializados pueden explicar, con la peculiar tradición historiográfica del país, el retraso o la desviación de las investigaciones. Un eficaz sistema de obstáculos sobre impuestos o asumidos ha determinado que ni aun la labor de la Revista Internacional de Estudios Vascos haya encontrado en la posguerra continuadores. Así, entre la nota cruda, el estudio genealógico y el correlativo cierre a temas contemporáneos, las publicaciones especializadas abren sólo excepcionalmente sus pá-

ginas a trabajos de cierta modernidad en cuanto a tema o enfoque, de suerte que los intentos de superación se desarrollan, en la actualidad, en un marco de incomunicación recíproca, motivada por la citada carencia de cauces de difusión y por la diseminación de los centros de trabajo. Incomunicación que se extiende al País Vasco continental y a los centros universitarios de Pau, Burdeos y Toulouse.

El coloquio de San Sebastián sirvió para poner de relieve el avance de la investigación, realizada según criterios científicos, sobre la sociedad vasca en la Baja Edad Media y en los siglos de la monarquía absoluta. La ponencia presentada en la segunda sesión por Pablo Fernández Albadalejo sobre la evolución socioeconómica de Guipúzcoa entre la crisis del primer tercio del XVII y el fin del Antiguo Régimen, en la medida en que no era una excepción individual, fue representativa de los avances conseguidos en la línea de análisis trazada en Francia para Beauvais y Languedoc por Pierre Goubert y Leroy-Ladurie. En el mismo grado en que, sobre la Guipúzcoa de los linajes, confirmaron la revisión apuntada en trabajos anteriores las intervenciones de Ignacio Arocena y Caro Baroja.

El balance con saldo negativo correspondió a los siglos XIX y XX. El hecho de que todavía se an libros de consulta obligada la historia del nacionalismo de García Venero o la vieja tesis de Th. Lefebvre sobre los modos de vida en los Pirineos atlánticos orientales refleja la inexistencia de puntos de referencia estimables para seguir la evolución del País entre 1808 y 1936. Ni la acumulación primitiva de capital, ni el triple problema industrialización-inmigración-nacionalismo, ni siquiera el carlismo, han merecido hasta hoy atención suficiente. A pesar de todo, cabe esperar que la pluralidad de trabajos hoy en curso, a pesar de la casi general falta de coordinación, logren una paulatina superación de las condiciones actuales. Contando siempre con las excepcionales dificultades, tanto de documentación (desaparición de fuentes, posibilidades reducidas, de acceso a los archivos) como de publicación de los resultados.

Tal vez, en esta situación, seguir el ejemplo valenciano e impulsar la convocatoria de un Congreso de Historia del País Vasco alcanzaría resultados positivos. El buen éxito de ensayos tales como el coloquio reseñado parece probarlo. ■ ANTONIO ELORZA.